

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

QUINTO DOMINGO durante el año.

6 de febrero de 2005.

Mateo 5, 13-16.

1.- Atentado contra la identidad. Si se pierde la identidad, negándola en las circunstancias en que debe ser afirmada, se originará un estado similar a la muerte. Se atribuye al General San Martín la frase: “*Sé lo que debes ser o no serás nada*”. Podremos dirigirnos institucionalmente la misma exhortación: como Nación, como Iglesia, como familia. Vivimos en una sociedad sin identidad. Es consecuencia de múltiples simulaciones, de ocultamientos de rasgos esenciales y de valores constitutivos que plasmaron su origen e identidad. Nadie nos da derecho a reinventar la fe y la patria. Son dones recibidos de Dios y de nuestros antepasados. Nuestra misión consiste en darles nuestra carne y sangre, nuestros legítimos avances científicos y culturales, nuestra fidelidad y auténtico amor. La irresponsabilidad, alardeada como si fuera virtud, necesita ser identificada personal y socialmente. Para ello se requieren principios firmes, bien afianzados desde los años de la primera educación, acompañando toda la vida. No pretendo juzgar a mis hermanos y conciudadanos al describir la realidad como salta a la vista. Me considero involucrado en la medida de mis retaceos al deber y a la virtud. Es conveniente y oportuno que cada uno tomemos la misma actitud. Sólo así podremos producir los cambios necesarios.

2.- Decisión libre de adherirse a Cristo. Los cambios que debemos promover como cristianos suponen que cada uno decida aceptar la nueva identidad que proviene del Bautismo. No basta recibirlo. Entre los necesitados de cambios profundos hay muchos bautizados. Entre los declarados enemigos de la fe hay muchos bautizados. No basta el sacramento, se requiere una amistad creciente con Quien nos conforma el sacramento. Sin una existencia coherente con la fe cristiana, de nada vale haber sido bautizados. La frase axiomática de San Agustín es muy oportuna: “*El que te creó sin ti, no te salvará sin ti*”. El empeño evangelizador de la Iglesia está orientado a despertar la decisión libre de adherirse a Cristo. La última palabra es pronunciada por quien recibe la propuesta evangélica. Dios no se la reserva y la pretensión de imponerla, por el medio que fuera, contradice gravemente su plan de salvación. Se deduce que toda práctica fundamentalista, de uno u otro signo, es anticristiana. Me sorprende escuchar, de cierta esquina ideológica de la sociedad mundial, el tilde de *conservadorismo* a la presentación y defensa de las verdades fundamentales sostenidas por los cristianos coherentes. En cambio, en nombre de cierto *progresismo* se intenta negarlas. Son *conservadores* quienes afirman que el matrimonio es heterosexual, quienes defienden la vida desde su origen hasta su fin natural y, en consecuencia, quienes se oponen al aborto; y quienes afirman y pretenden imponer lo contrario se auto califican *progresistas*. ¡Qué contradicción!

3.- La Verdad no agrede. Existen intenciones de desacreditar a la Iglesia calificándola de cruel sostenedora de teorías perimidas y contrarias al *progreso* del hombre en su actual intento por superar el primitivismo que aún parece asfixiarlo. La historia nos recuerda que a los hombres que integran la Iglesia también se les debe predicar el Evangelio como cuestionamiento saludable a sus propios errores y pecados. Nadie queda al margen de su llamado y, por lo mismo, nadie debe sentirse agredido por la Verdad que contiene, y también interpela a sus ocasionales mensajeros. Lamento, por ejemplo, que enfoques exclusivamente políticos e ideológicos pretendan proyectarse sobre mis alocuciones. Confío que la sensatez y buen espíritu de muchos de mis conciudadanos sirvan como base a una lectura correcta de las mismas. Como Pastor quiero mantenerme al margen de las

opciones políticas, mientras sean moralmente legítimas, y respetar las decisiones acordadas en el marco democrático que hemos adoptado. El Evangelio es muy exigente. Reclama una respuesta que compromete la vida, sin dejar de lado sus manifestaciones temporalmente características. ¡Cuántas veces hemos afirmado que es incoherencia y deshonestidad profesar formalmente la fe y declararla inocua cuando se trata de proyectarla en la existencia concreta! Es inútil entreverarse en cuestiones menores cuando están en juego valores fundamentales. La Iglesia que defiende vigorosamente la vida promueve la recuperación de la salud cuando su deterioro pone en peligro la supervivencia de las personas. La cuestión de los preservativos no constituye la base de la controversia sino el concepto de un ejercicio responsable y moralmente adecuado de la sexualidad.

4.- Recta lectura de la Doctrina Católica. Transcribo los conceptos recientemente formulados a la luz de la doctrina católica sobre el particular: *“Se explicó, por tanto, a la Sra. Ministra (del gobierno español) que no son ciertas las afirmaciones que aseguran que la Iglesia, cuando promueve el recto uso de la sexualidad humana, encauzada por la virtud de la castidad, se sitúa en contra de las recomendaciones científicas a la hora de prevenir el contagio de SIDA. Por el contrario, la abstención de relaciones sexuales indebidas y la fidelidad mutua entre los cónyuges, constituyen la única conducta segura generalizable frente al peligro del SIDA. Las recomendaciones de los expertos en salud pública coinciden en esto con la doctrina moral de la Iglesia. La misma colabora eficaz y racionalmente en la prevención del SIDA promoviendo la educación de las personas para el amor conyugal fiel y abierto a la vida, tratando de evitar de este modo las relaciones indebidas y promiscuas, que dan lugar a las llamadas “situaciones de riesgo” sanitario. De acuerdo con estos principios no es posible aconsejar el uso del preservativo, por ser contrario a la moral de la persona. Lo único verdaderamente aconsejable es el ejercicio responsable de la sexualidad, acorde con la norma moral”* (Reportaje reciente al vocero del Episcopado Español).

5.- Referencia a valores esenciales. Es preciso que la Iglesia no deje de presentar la integridad de su doctrina. Ni siquiera sus honestos enemigos se lo perdonarían. Podrá reconsiderar connotaciones accidentales en su aplicación pero jamás innovarla. Los temas que presenta mantiene una referencia a los valores esenciales e indeformables. Algunos hábitos intelectuales y culturales, que asisten al mundo contemporáneo, excluyen reconocer la existencia de esos valores. De allí el hostigamiento permanente que sufren quienes, católicos o no, se empeñan en respetar la perennidad de leyes y principios situados como fundamento de la vida humana. Desaparecida la referencia al mismo todo cae en el relativismo caótico que amenaza imponerse en quienes dicen pensar y se constituyen en responsables del necesario equilibrio social. Salvar a la sociedad del caos, producido por el desorden y la delincuencia, incluye esa referencia a los valores esenciales que el Evangelio no cesa de presentar.

[Volver](#)